

"Por demás me parece recomendar á vd. el comportamiento de mis valientes compañeros; el hecho glorioso que acaba de tener lugar, patentiza su brío, y por sí solo los recomienda.

"El ejército francés se ha batido con mucha bizarría: su general en jefe se ha portado con torpeza en el ataque.

"Las armas nacionales, C. ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al primer magistrado de la República por el digno conducto de vd., en el concepto de que puedo afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espalda al enemigo el ejército mexicano, durante la larga lucha que sostuvo.

"Indicaré á vd., por último, que al mismo tiempo de estar preparando la defensa del honor nacional, tuve la necesidad de mandar á las brigadas O'Horán y Carbajal, á batir á los facciosos que en número considerable se hallaban en Atlixco y Matamoros, cuya circunstancia acaso libró al enemigo extranjero de una derrota completa, y al pequeño cuerpo de ejército de Oriente de una victoria que habría inmortalizado su nombre.

"Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo, en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que á ella concurren.

"Libertad y reforma. Cuartel general en Puebla, á 9 de mayo de 1862.—I. Zaragoza.—C. ministro de la guerra.—México."

El informe de Zaragoza revela ingenuamente la embriaguez de un triunfo inesperado. Tal es su

gozo que duplica las cifras del ejército francés y de sus pérdidas, al mismo tiempo que aminora las de su propio ejército. Errores naturales y aun excusables: era tan escasa su esperanza de vencer y lo era también la de aquellos que le rodeaban, que llega hasta afirmar con orgullo que el ejército mexicano no volvió ni una vez la espalda al enemigo. Se nota que está tan alegre como sorprendido.

Zaragoza calumniaba al ejército mexicano. Los soldados mexicanos distan de ser cobardes: les basta estar bien mandados y bien dirigidos, y entonces no les falta valor. En los años subsiguientes habrían de probarlo en más de un encuentro.

El juicio que Zaragoza formula acerca del general Lorencez es severo; pero quizás es también justo. En todo caso carece del alcance que podría atribuirsele. Supongamos que el comandante en jefe hubiera tomado las mejores disposiciones; supongamos que su ataque hubiera sido coronado por el éxito; supongamos que á viva fuerza se hubiera apoderado de Puebla. ¿Mejora por eso la situación? Haciendo á un lado el prestigio de sus armas que, en lugar de disminuir habriase aumentado, debemos reconocer que no. ¿Qué hubiera sido del pequeño cuerpo expedicionario perdido en esa gran ciudad, lejos de Orizaba, más lejos todavía de Veracruz é impotente, dados los pocos hombres que le componían, para sostener relaciones con la escuadra? Las tropas mexicanas, que se hubieran reunido á corta distancia, á las que habrían venido á reforzar los diversos cuer-

pos de los jefes liberales, habrían vuelto á acosar á los vencedores de un día y tarde ó temprano habrían dado cuenta con un puñado de hombres aislado en país enemigo.

Ya no era posible forjarse ilusiones. Si las tropas francesas no estaban destinadas más que á servir de espantajo á los partidarios del gobierno juarista y si su marcha hacia México debía contar con la adhesión casi unánime de las poblaciones, eran lo suficientemente numerosas para lograrlo. Sobre esta base había calculado el gobierno francés y animado por esa convicción había marchado el general Lorencez hacia adelante. Desde el momento en que se tropezaba con resistencias, ya no era asunto de simple manifestación militar el que se traía entre manos, sino de una verdadera campaña; y en tal concepto, no era con siete mil hombres con lo que habría de esperarse poder derrotar á fuerzas susceptibles de elevarse hasta sesenta mil y someter un país cinco ó seis veces más extenso que Francia.

La verdad estallaba por manera brusca y las ilusiones abandonaban aún á los más confiados. Jamás había sabido la verdad el gobierno francés: por lo menos, no había querido verla, en su empeño de prestar más crédito á los decires de su ministro que á los del general Prim, del Almirante Jurien de la Graviere y de algunos espíritus serenos que trataban de informarle. Por su parte, el general Lorencez había resultado todavía más engañado por M. Dubois de Saligny; y el engaño recaía, no sólo acerca de las disposiciones de los

habitantes, sino también acerca del valor del ejército mexicano. Como quiera que sus esperanzas se desplomaban de mayor altura, puesto que se había dejado mecer presta y completamente por la idea de ser "el amo de México," el desengaño le produjo viva irritación y desde el día siguiente de su vuelta á Orizaba tuvo empeño en explicarse con su cuerpo de ejército, en la orden del día que le dirigió:

"Vuestra marcha hacia México ha sido detenida por obstáculos materiales que debiais estar bien lejos de esperar, según los informes que nos habían sido ministrados; cien veces se nos repitió que la ciudad de Puebla os llamaba ardientemente y que la población habría de precipitarse á vuestro encuentro para cubriros de flores.

"Nos hemos presentado ante Puebla, con la confianza que nos inspiraran esas engañosas seguridades. La población estaba erizada de barricadas y dominada por una fortaleza en la que habían sido acumulados los elementos de defensa. Nuestra artillería de campaña era insuficiente para abrir brecha en las murallas; pero, confiados en vuestra propia intrepidez, os precipitasteis, sin vacilación, sobre fortificaciones defendidas con artillería y con triple fila de fusiles.

"Soldados y marinos, el 5 de mayo disteis prueba de un valor heroico.

"Apenas se había establecido el cuartel general en Orizaba, cuando los mexicanos, no obstante su fracaso de Barranca Seca, resolvieron atacar

á los franceses, esperando desalojarlos y poder de esa suerte dar cuenta con los invasores antes de que pudiesen llegarles refuerzos.

El general Zaragoza, cuya división había tomado el título pomposo de ejército de Oriente, llegó el 12 de junio á Tecamalucan, población que dista unos 16 kilómetros de Orizaba. Imaginándose que el general Lorencez y los soldados de su mando se hallaban completamente desmoralizados por la falta de éxito de la expedición, y conocedor de los desacuerdos que habían surgido entre dicho general y M. Dubois de Saligny, le invitó á evacuar el país, proponiéndole una capitulación:

“Tengo datos para creer que Ud. y los jefes y oficiales de la división de su mando, han remitido una protesta al Emperador contra la conducta del ministro Saligny, por haberlos arrastrado con engaño á una expedición contra un pueblo que antes de ahora ha sido el mejor amigo del pueblo francés. Esta circunstancia, y el conocimiento de la situación difícil que guarda el ejército francés y el deseo de procurarle una retirada honorífica, me deciden á proponer á Ud. una capitulación, cuya base principal sea la evacuación del territorio de la República en un tiempo convenido. Creo que mi gobierno no reprobará este nuevo llamamiento á la paz, porque sin traslimitar mis atribuciones, puedo evitar el derramamiento de sangre de los hijos de dos naciones á quien solo el error y la intriga han podido hacer aparecer como enemigos, y este pensamiento ha sido

el del Gabinete constitucionalista desde el principio de la invasión.

“Si no se acepta este ofrecimiento hecho á la parte de los franceses que vienen de buena fe, habré llenado mi último deber en la vía humanitaria, y procederé á cumplir con las órdenes que tengo, pesando entonces la responsabilidad de lo que venga, únicamente sobre los que se han obstinado en una empresa condenada por la razón y la justicia.

“Cuartel general de Tecamalucan, junio 12 de 1862.—(Firmado.)—*Ignacio Zaragoza*.—Señor general en jefe de las fuerzas francesas en México.—Orizaba.”

Cualquiera que fuese el disgusto del general Lorencez contra M. Dubois de Saligny, nada dejó que de él se trasluciese y entregó al parlamentario que le llevara la carta del general mexicano, esta lacónica respuesta:

“El General Comandante de las tropas francesas en México, no se encuentra revestido de los poderes políticos de su gobierno, que éste ha conferido á M. de Saligny; por tanto, le es imposible entrar en la senda de las negociaciones que le propone el señor General Zaragoza. El ministro de Francia es el único que tiene competencia para recibir insinuaciones de esa naturaleza. — *El general conde de Lorencez*.—Orizaba, 12 de junio de 1862.”

Amenazada por fuerzas superiores, la guarnición de Orizaba preparó su resistencia, formando por medio de fosos y de barricadas un reduc-

to en el centro de la población, cuyas puertas de entrada protegió por medio de cortaduras. No se descuidó sino una cosa que fué el ocupar la cumbre del cerro del Borrego, colina de cerca de 300 metros de altura que domina la ciudad y cuya pendiente es por tal manera vertical que pudo creerse inaccesible tanto para el enemigo como para los franceses. Los contrafuertes de este cerro tenían tanto bosque que parecían impenetrables.

Sin embargo, las tropas mexicanas del general Ortega lograron abrirse paso por ahí. Cuando se advirtió su presencia, la noche del 13 de junio, merced á un reconocimiento verificado por el norte de la ciudad por el general aliado Taboada, la sorpresa fué grande.

Ella podía constituir un peligro considerable para el ejército francés: el general Lorencez resolvió apartarlo á cualquier precio, y para el efecto dió orden de que se ocupase inmediatamente el Borrego.

Una compañía del 99° de línea fué designada para ejecutar ese audaz golpe de mano. La mandaba un oficial del mayor mérito, ascendido á capitán pocos días antes en el combate de la Barranca Seca: M. Détrie.

Lo mejor que aquí podemos hacer es cederle la palabra, porque su informe es una página de elocuente sencillez, que hace resaltar, mejor de lo que podríamos hacerlo nosotros, la bravura y la sangre fría del jefe y de los soldados. Se les apreciará con mayor justicia, sabiendo de antemano

que el efectivo total de la compañía no pasaba de ochenta hombres.

"Mi comandante: tengo el honor de dirigir á Ud. un informe detallado, relativo al combate que se libró durante la noche del 13 al 14 de junio de 1862, bajo los muros de la ciudad de Orizaba.

"De conformidad con la orden que yo había recibido de ir á ocupar la posición que se encuentra sobre la montaña situada á la derecha de la puerta de Puebla, parti de Orizaba á la media noche con la tercera compañía que tengo el honor de mandar; como la posición podía hallarse ocupada por el enemigo y como, por lo demás, comprendía toda la importancia de la misión que se me confiara, tomé las disposiciones siguientes:

"Cuando me hube hallado al pie de la montaña, hice que me adelantaran sólo dos hombres y que mi compañía siguiera de uno en uno, exigiendo de todo modos el mayor silencio. Llegado á cerca de treinta metros del punto dominante, reemplacé á esos dos hombres por cuatro ojeadores, á las órdenes del furriel. Llevaban por misión la de marchar desplegados, espaciados tanto cuanto lo permitiera el terreno y de estar preparados para cualquiera eventualidad y sobre todo de detenerse á pocos metros de la cima para tomar aliento y conservar todo su vigor, á fin de llevar á feliz término el rudo golpe de mano que yo meditaba, y de evitar, por medio de la prontitud, que el enemigo nos hiciera fuego.

"La noche estaba obscura y apenas permitía que un hombre se viese á la distancia de tres metros.

Mis tiradores pudieron llegar hasta la planicie sin ser notados y como yo llegara también con algunos hombres de la derecha de mi compañía, el furriel me hizo saber que se oía ruido en un bosquecillo, preguntándome si era preciso disparar. No suponiendo que la posición estuviese ocupada por el enemigo, prohibí tirar, pensando buenamente que algunos habitantes de Orizaba habían huido, retirándose á la montaña. Pero, apenas habían avanzado algunos pasos, recibieron una fuerte descarga, que felizmente no hirió á nadie.

“Entonces, ellos se precipitan vivamente sobre el enemigo, llegan á la cresta y emprenden el combate.

“Viendo que la posición estaba ocupada por mis tiradores, hice echar los sacos á tierra y me lancé adelante con el sargento mayor Gat y algunos hombres de la derecha de mi compañía, pues los otros no llegaban aún. Me encontré frente á un enemigo muy numeroso que trataba de recobrar del furriel Cros una pieza de cañón que había tomado con sus cuatro hombres, de los que tres acababan de ser heridos. Los pongo en fuga, y como llegarán algunos individuos de los de la izquierda, pude ordenar: “¡Adelante, á la bayoneta!” El enemigo, desmoralizado al principio por un ataque tan brusco, quiere tomar otra vez la ofensiva con fuerzas muy numerosas, pero Sombret llega con los hombres que han podido seguirle. Viendo entonces casi toda mi gente reunida, me lanzo de nuevo sobre el enemigo, y, por más que éste defiende

su posición palmo á palmo, le hago retroceder empujándole cerca de una hora, sin que logre detenerme un instante.

“Llegado al pie de la segunda montaña y viendo cómo las fuerzas del enemigo aumentaban en lugar de disminuir, y no teniendo sino algunos hombres á mi alcance (M. Sombret, el sargento mayor, el furriel y los dos sargentos estaban heridos), no me atreví á empujar más, temeroso de que el enemigo notase la debilidad de mi efectivo y cayese sobre mí.

“Entonces hice emboscar á los hombres que quedaban disponibles, recomendándoles que mantuvieran la posición y que no retrocedieran por pretexto alguno; estaba seguro de que el fuego había sido oído y de que no tardaría en recibir un refuerzo. Me quedé en esa posición durante hora y media. A las tres y media llegó la segunda y, cuando me vi más fuerte, tomé las disposiciones siguientes á fin de terminar y de echar á rodar definitivamente al enemigo:

“Tomé de la segunda al furriel y al sargento: cada uno de ellos mandaba diez hombres y debía marchar á algunos metros debajo de la cresta superior, uno á la derecha, el otro á la izquierda, de modo que desalojaran al enemigo, que seguía emboscado delante de nosotros, emprendiendo el combate con él. Hallándose dispuestas la tercera y la segunda, ordené: “¡Adelante, á la bayoneta!” El enemigo no pudo resistir á semejante ataque: rechazado dos veces, vuelve á la carga, se junta y nos recibe con un fuego terrible; pero viéndo-

le por tierra por todas partes, incito á mis hombres á caerle encima, á la bayoneta, sin tirar. Pero en el mismo instante recibo una herida que no me permite ir más lejos. Sin embargo, estaba seguro de que la posición era nuestra.

Como comentario, no añadiremos sino esto: la segunda compañía contaba con cerca de 70 hombres que, junto con los 80 de la tercera, formaban un total de 150 hombres. Los mexicanos que ocupaban el cerro del Borrego eran más de dos mil.

La heroica acción del capitán Detriche tuvo gran importancia al día siguiente.

El 14 por la mañana, Zaragoza, que contaba con el apoyo de Ortega, abre el fuego sobre la parte occidental de Orizaba. Pero le responden del Borrego: ¿Ortega ha sido, pues, desalojado? Las granadas vienen, en efecto, de los obuseros de que Detriche se apoderó la noche precedente, y desde los cuales dirige sus tiros contra las tropas de Zaragoza. De esta manera desagradable supo éste nuestro éxito de la víspera, pequeña revancha del ataque de Guadalupe.

Desengañado de la ilusión de sorprendernos, "el ejército de Oriente" no piensa sino en la retirada. Levanta el campo á la noche siguiente y toma el camino de Puebla, donde, á su vez, se ocupa en fortificarse seriamente, previendo que los franceses, que ya conocen el camino, volverán algún día.

El 15 de junio, el general Almonte, que se había quedado con el cuerpo expedicionario, creyó

de su deber subrayar la derrota de los generales juaristas y hacer un nuevo llamamiento al país. Dirigió á sus conciudadanos una proclama, cuyos términos ampulosos y redundantes parecerían muy exagerados, si no se tuviese en cuenta que fué escrita en español y para antiguos súbditos españoles:

"D. Juan N. Almonte, jefe supremo interino de la Nación, á sus conciudadanos.—Mexicanos: Dos grandes acontecimientos han tenido lugar ayer en las inmediaciones de esta ciudad. El ejército juarista, al mando de los jefes demagogos más afamados y ameritados por sus crímenes contra la sociedad, se presentó amenazante haciendo con impudente arrogancia intimaciones altaneras al valiente y pundonoroso general en jefe de las fuerzas francesas. La más completa derrota por ciento cincuenta bravos soldados del Regimiento 99, á las órdenes del intrépido y valiente capitán Detriche, á cuatro mil de la afamada división de Zacatecas, ha sido la respuesta que el ejército del Emperador de los franceses ha dado á las hordas vandálicas que lo creían acobardado. Zaragoza ha levantado furtivamente y en la obscuridad de la noche su campamento, colocado frente al nuestro con arrogante aparato de hostilidad, y marcha en desorden y precipitadamente, perseguido de cerca por la caballería nacional, á repasar por cuarta vez y tan vergonzosamente, como las otras, las para él tristemente memorables cumbres de Acultzingo. Los generales y jefes liberales González Ortega, héroe de Calpulalpan, Alatorre, Al-

cocer, Pedraza, Colombres y otros, han encontrado humilde sepulcro en el cerro del Borrego, y esta ciudad, que llena de confianza en el valor y entusiasmo del ejército franco-mexicano que la guarnece, presencié la lucha, ha podido convenirse de la impotencia de aquellos que en su ferocidad juzgaron dar á sus tropas, con la esperanza del saqueo de la población, el valor que no les inspira la infamante causa que defienden. — Mexicanos: Igual suerte á la que ha cabido á la llamada heroica y ameritada división de Zacatecas y que antes cupo en Acultzingo y Barranca Seca á las hordas de Zaragoza y Doblado, tendrán en cuantas ocasiones oseen esperar al nunca vencido ejército francés y al entusiasta nacional, porque ellos defienden la causa de la independencia y nacionalidad de México y aquellos la de la barbarie y el pillaje. Continúad, pues, teniendo confianza en el ejército franco-mexicano y en vuestro compatriota. — *Juan N. Almonte.* — Orizaba, junio 15 de 1862."

Este llamamiento no produjo efecto de ninguna especie y la situación siguió siendo de las más graves.

Sin la bella y enérgica conducta del capitán de navío Rose, que mandaba en Veracruz, quizás hubiésemos perdido ese puerto y, por consiguiente, toda comunicación con Francia. Afrontando todas las dificultades, este oficial supo mantener la pequeña tropa que había quedado bajo sus órdenes, á pesar de las malas noticias que disminuían su energía y á pesar de las fiebres que la

diezmaban. Más aún: se esforzó en preparar un convoy de víveres, acudiendo de esa suerte, no obstante su propia crítica situación, al socorro del ejército.

No fué él el único que diera muestras de bravura y de espíritu de sacrificio tanto más grandes, cuanto que se ejercían en un teatro menos brillante; y nos prometemos extendernos alguna vez acerca del papel importante y admirable desempeñado por la marina durante toda la expedición.

La retirada de Zaragoza había devuelto cierta seguridad á las tropas de Orizaba, á donde llegara en la primera quincena de junio el general Douay, con trescientos hombres de refuerzo y, precisamente, á tiempo para cooperar á la defensa de la población; pero era muy difícil hacerse de vituallas y, para colmo de desgracias, escaseaba grandemente el dinero. Además, Márquez que con sus soldados habíase, por fin, unido á nuestro ejército, no pretendía prestar desinteresadamente su concurso. Y era un tormento para el pagador en jefe, tener que satisfacer las exigencias de esas gentes que tenían más de bandidos que de soldados, mientras nuestros hombres soportaban mil sufrimientos.

Puedo, todavía acerca de este punto, como acerca de tantos otros, dar una prueba de semejante estado de cosas, gracias á un documento inédito que arroja dolorosa luz sobre la historia de ese período. Es una carta del general Lo-

rencez á M. Ernesto Louet, á propósito del famoso Márquez:

«Orizaba, 21 de junio de 1862.

Señor pagador:

He hecho preguntar á vd. si se encuentra en posibilidad de suministrarme 4,000 pesos. No se trata aquí de agradar ó desagradar á personas que pudieran no ser simpáticas para vd. Le ruego que ponga á un lado toda cuestión personal, como lo hago yo mismo. Se trata de pagar á la parte del ejército de Márquez encargada de proteger nuestro convoy; y me limito á decirle que, si no puede procurarme esos 4,000 pesos, la existencia del ejército podrá verse comprometida.

Reciba vd. etc.—*General conde de Lorencez.*»

Por fin se logró vencer esas dificultades, dando cada cual el ejemplo de la abnegación y del deber.

Más libre en sus movimientos el general Lorencez escalonó sus tropas en Córdoba, en el Chiquihuite, en la Soledad y en Veracruz, para asegurar los convoyes. Luego, confiado en el valor de sus soldados que no se desmentía, á despecho de privaciones, de las tristezas de la situación y de lo insalubre del clima, esperó noticias de Europa.

CAPITULO V

Emoción que se experimenta en Francia al recibirse las noticias de México.—El Emperador al general Lorencez.—Carta confidencial del Ministro de la Guerra.—El general Forey, comandante en jefe del cuerpo expedicionario.—Orden del día del 20 de octubre de 1862.—Partida del general Lorencez.—Saudades del ejército.—Disolución del gobierno provisional del general Almonte.—Proclama del general Forey.—Instrucciones secretas dadas por el Emperador al nuevo comandante en jefe.—Línea política.—Establecimiento de un gobierno duradero.—República ó monarquía.

Cuando se supo el fracaso de las tropas francesas ante Puebla, la admiración fué considerable en Europa y la emoción profunda en Francia. Sin reflexionar en el pequeño número de nuestros soldados ni en las dificultades de toda clase con que habría de tropezar una expedición tan lejana, todos se sentían estupefactos al encontrar semejante resistencia en un pueblo que se consideraba, no sin complacencia, sin fuerza y sin ejército, una especie de conjunto de tribus, sin cohesión, más bien que una nación organizada. Más adelante, se han repetido para Europa las sorpresas de este género, de tal suerte, que ya está un poco acostumbrada á la idea de que existen hombres por todas partes, lo mismo en